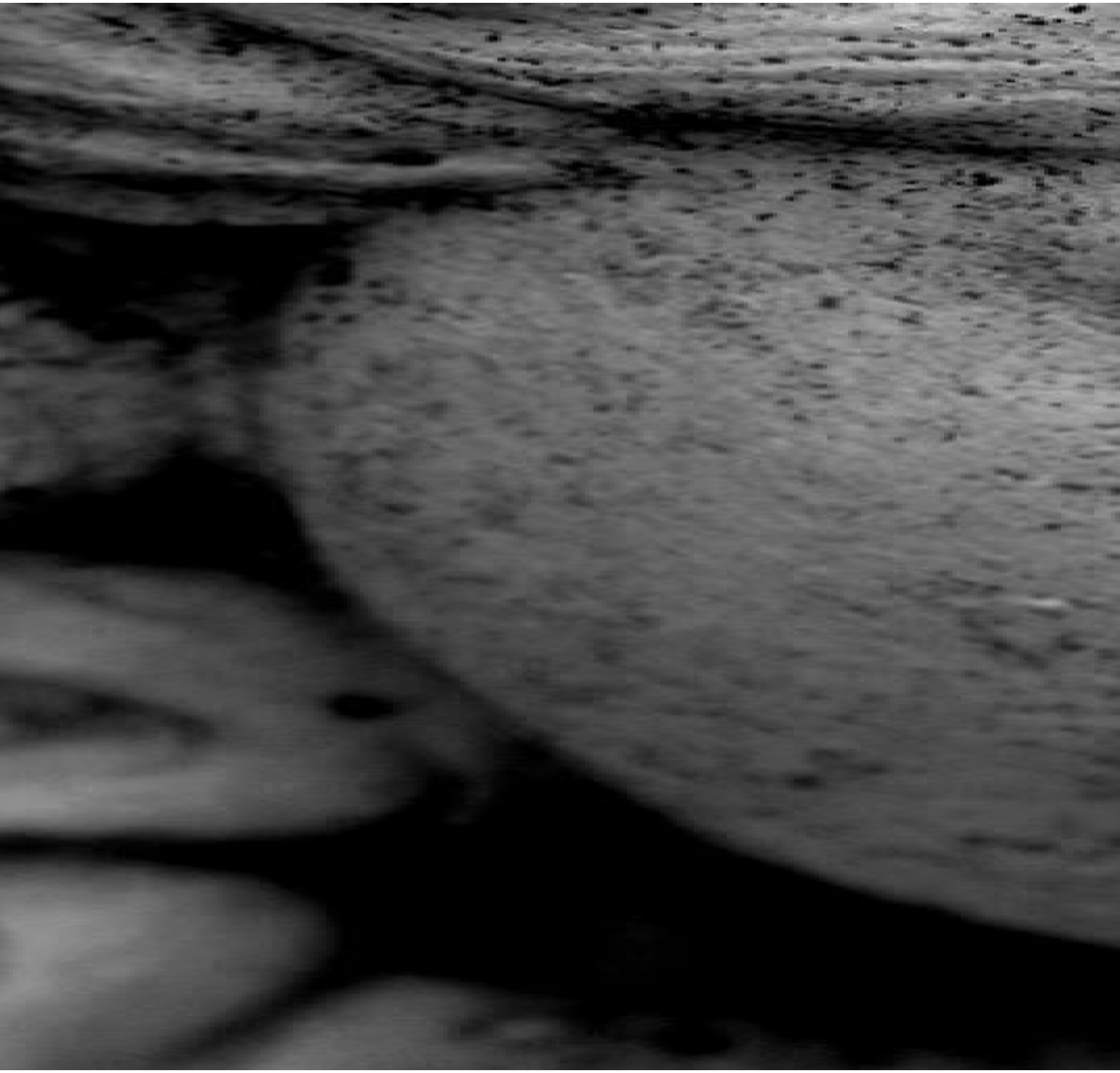
EL ANGEL EN LA CIMA

Mauricio B.



Capítulo 1

El ángel en la cima

(Extracto del capitulo 3 de la Novela inédita "La Cofradía del Ventrilocuo)

Hay tantos guías en el Cementerio, que durante años de visitas frecuentes no he logrado conocer a todos. Los hay buenos, charlatanes y fabuladores, también están los inexpertos oportunistas, propineros que salen a la caza de monedas a cambio de sus intercambios berretas.

Pero de todos los guías decentes de la necrópolis, el hombre era el mejor. Era el más versado, el erudito. Había desarrollado su arte desde la juventud, cautivado por la simbología del lugar. Poseía una dialéctica amplia y abarcativa que le permitía miles de formas de hacer llegar a quien lo escuchase el detalle de cada símbolo y la impronta particular que éste poseía. Por lo que muchos de los adeptos al cementerio lo apodaban *el profesor*. Aunque él era médico, especializado en Cirugía. Jamás había sido docente.

Una tarde, yo estaba en el sentado frente a una bóveda de puertas anchas y vidriadas. Era una construcción típica de la época de esplendor, visitada por unos pocos, a pesar de contener un tesoro artístico reconocido. Y este hecho se basa en que su difunto no es de gran renombre y la construcción no es suntuosa en relación a otras del lugar. Amén de estas cuestiones, en el ápice aloja una singular obra de arte.

Jamás había visto aquella figura, aunque sí había leído y escuchado variadas interpretaciones del símbolo. En ese tiempo, yo solía vagar por el cementerio sin rumbo y detenerme al ver algo que captara mi atención. Al igual que otros visitantes del cementerio yo caminaba y fumaba entre las tumbas. Fue así, que me senté frente a la construcción y sin darme cuenta me dejé abstraer por la obra durante un lapso bastante amplio, tratando de leer el símbolo, de entenderlo. La imagen desentonaba con los símbolos fúnebres del lugar. Su mensaje era otro. No impartía consuelo, ni hablaba de sueños eternos, ni de paz, ni de amor. Se trataba de un mensaje encriptado del que había oído varias interpretaciones. Algunas románticas, otras no tanto. Pero todas cargadas de alegoría.

Los símbolos son presa de la subjetividad de quien los lee. Son percibidos desde la cosmovisión del intérprete, su destino y el bagaje de sus vivencias traumáticas. No puede ser de otra forma. Si un símbolo perdiera la libre interpretación carecería de valor emblemático. Volvería a ser un objeto simple y obsoleto.

Fue en ese momento en que me apropié de una relectura peculiar, quizá la mejor de todas, la más profunda que haya concebido en mi vida.Ese día, más tarde ya en vísperas del cierre del cementerio, cuando las callejas se vaciaron de los ruidosos visitantes, el guía retomó la calleja. Se encontraba deambulando solo y pasó frente de mí. Me saludó con educación, a lo que yo respondí también con cordialidad. Sin darme tiempo a pensar o autorizarlo, se sentó a mi lado y sin más preámbulo preguntó, como si nos conociéramos:

—¿Qué ve?

—Aquella representación, —respondí secamente.

—¡Oh! Una de mis preferidas… ¿Y qué ve? —La predisposición e insistencia del *viejo* no me dieron otra opción:

—Un ángel. Al parecer un arcángel, que trae consigo una trompeta. Creo que debe tratarse de una de las siete trompetas del Apocalipsis, aunque no necesariamente tendría que ser de ese modo. No puedo dejar de sentir tristeza profunda al observarlo. Su mirada está puesta en la nada, pero a la vez pareciera ver toda la necrópolis, como si mirara a todo lo que pasa en ella con pesar.

—Bien, es una acertada descripción. Aunque está haciendo algunas omisiones. Es un arcángel, su misión es dar un mensaje a la humanidad y de hecho, ha cumplido con ella.

Sin entender los dichos del hombre, lo miré asombrado. De primeras, no interpreté lo del mensaje del Arcángel. Intuí que no se trataría de algo escrito, ya que el ángel no llevaba una tabla, ni un papiro. Quedamos en sin hablar por un instante, hasta que él irrumpió con una aseveración:

—El mensaje está en el sonar de su trompeta. A juzgar por su rostro, no es un mensaje de paz ni de bienaventuranza.

Sus palabras hicieron surgir una tenue idea de interpretación, y dije:

—¿Es Rafael?

—Exacto, así lo llaman algunas religiones. Los más extremistas, el ángel de la séptima trompeta. Es el ángel del que todos hablan, el más temido. Es el encargado de anunciar el fin de la humanidad.

—Lo que estoy tratando de entender es qué mensaje puede dar a los muertos del cementerio. Eso explicaría por qué lo han ubicado aquí, en una cúpula.

—Pues vea —dijo—, no creo que venga a charlar con los muertos, sino con los vivos. Ya sean familiares de los difuntos o turistas casuales. Su mensaje es sublime y digno de ser escuchado por cualquier visitante. Aunque, no es para todos. Preste atención, la representación nos recuerda que la sentencia divina ha sido dictada, que el final de los tiempos se avecina, que estamos en la última era. Pero lo que en una interpretación vulgar podría entenderse como un anuncio de muerte o de castigo divino hacia la humanidad entera, es todo lo contrario. Es una proclamación de esperanza. Nos recuerda que la trompeta ha sonado y sobreviene el apocalipsis ¿Qué haría usted entonces?

—¡Carpe Diem! —dije sobresaltado.

—Carpe Diem —reafirmó el *profesor*—, la vida aflora en su mensaje. Esa idea de "vive hoy, que mañana inevitablemente morirás". A pesar de la universalidad del mensaje, éste no es para cualquiera. Sino para aquellos que dedicamos un tiempo a descifrarlo. Miles de personas pasan por aquí sin mirar hacia la bóveda. Otros ven al ángel como un objeto más de los que abundan en el cementerio. Los amantes del arte lo estudian como una pieza de museo. Solo nosotros, *los simbolistas*, nos paramos frente a él en busca de un mensaje. El ángel habla a quienes le dedicamos un momento en nuestras vidas, nos da un obsequio. Una nueva clave. Nos dice:

»—No dejes pasar tu día, es posible que mañana ya no estés, vive el hoy.

Algo oprimía mi garganta. Lo que acababa de escuchar era conmovedor. Procurando evitar las lágrimas, me limité a decir:

—Así que la representación de Rafael y el sonar su trompeta nos muestra un camino…

—No, no es así. Afile un poco más su vista, aún está omitiendo detalles de la obra que hablan por sí mismas. Observe por favor detenidamente al ángel, pero hágalo íntimamente. Mire sus movimientos, su postura. Siga el trayecto de la mano que sostiene la trompeta. Parece decir algo que en realidad no dice, su mensaje está guardado, como en los criptex de Leonardo. Aunque no inaccesible. Solo requiere fijar la atención en él, estudiar sus movimientos y facciones y descifrar el código. Utilice la telepatía, mírelo a los ojos y exija que revele su mensaje…"pedid y se os dará"

Comencé a observar detenidamente. Me detuve en los detalles de la obra, y las alegorías surgieron. Pude entender lo que el *profesor* refería: Los símbolos abren un juego. Para descifrarlos es ineludible entregarse a la pasión, hurgar, dialogar con ellos. Pronto comienza a surgir la revelación.

—La expresión del movimiento en los pies señala que el ángel no se está posando en la cima, —y exclamé—: ¡La está abandonando para volar!

¿Está regresando a los cielos?

—Así es. Observe, ya verá.

—Sí. Está por partir. Pero, ¿por qué no deja de mirar a la Necrópolis? ¿No tendría que orientar su mirada a los cielos? Sin embargo, no deja de mirarnos. Como si no pudiera abandonarnos ¡Sus ojos son tan especiales! Parecen estar mirándolo todo. Si giro hacia los costados sigo percibiendo su mirada. Está puesta en todo lo que acontece a su alrededor. Están por soltar una lágrima, ¿Por qué tanto dolor? Aquí en el cementerio es corriente ver a un ángel llorar, pero este es devastador. Ha de ser por el cometido. Su misión no es grata. Ha de anunciar el fin de todas las cosas, —concluí.

Un escalofrío corrió por mis venas y exclamé:

—¡Por Dios, la trompeta! ¡Claro!

— ¿A qué se refiere? ¿Qué ha visto?

— Que en realidad la trompeta no se dirige hacia la boca, no está por hacerla sonar…

— No. Está en lo cierto...

— ¡Su mano está retrocediendo, trayendo a la trompeta contra la cintura!No está por hacer

sonar la trompeta ¡Ya lo ha hecho!

—Exacto. La trompeta ha sonado…

—¡Qué lóbrego! ¿Cómo que su mensaje es de vida? ¡Su mensaje es de muerte! Está diciendo que ya no hay tiempo, que estamos presenciando nuestro ocaso. Hoy es el Apocalipsis.

—¿Cómo un mensaje de muerte? —dijo mirándome con extrañeza— Señor, si yo fuera su médico y obviara avisarle que hoy es su último día: ¿Cómo lo viviría usted?

—Como un día normal, supongo. Sin sobresaltos.

—¿Y si le diera el alerta?

—Trataría de disfrutar mi día sin restricciones…

—Carpe Diem, la trompeta ya ha sonado. Ahora, ¿Qué hará? Usted me agrada, la charla ha sido fructífera. Sería más que interesante encontrarlo

alguna vez, frente a otra obra de éstas. Las hay por demás, afloran por todos los rincones en el Recoleto. Fue un placer.

Tendió su mano y por cortesía extendí la mía para despedirme. Pero mi mente inquieta por la charla no se contuvo y lancé otra pregunta queriendo retenerlo:

—Disculpe. No se vaya todavía. Aún no ha respondido a mí otra pregunta: ¿Por qué el ángel proclama su mensaje aquí en el cementerio?

—Porque es una ciudad de muertos y existe un paralelismo implícito, podría representar al mundo. Y porque quizás quienes más necesitan su mensaje son aquellos que han sufrido la pérdida. Aquellos que lloran a sus seres queridos. Muchos han dejado a las buenas del dolor el tiempo que les quedaba de vida. Si observa algunos mausoleos, podrá ver que en su interior hay habitáculos que hacían de dormitorios para quienes venían a pasar días con sus difuntos.

»Bajo nuestra mirada, esto parece absurdo, porque la posmodernidad nos regaló otra visión de la muerte, ahora nuestros muertos son destinados a parques jardines. Todos bajo una lápida de cuarenta por cincuenta, uno al lado de otro, rodeados de flores y árboles paisajistas. Eso trae sosiego a nuestro dolor. Pero en la época en que las familias más de Buenos Aires sepultaban a sus muertos aquí, la usanza era otra. El duelo era una pasión obligada. Perder a un amor, a uno de los padres o un hijo era perder la vida misma. Las viudas venían a la necrópolis a pedir a Dios que las llevara con su amado. Las madres con sus hijos. Así se puede contextualizar aún más el mensaje del ángel.

»Después de la modernidad, con la perdida de las utopías que regían los sentimientos del hombre, nos hemos convertido en seres fríos, desobligados, y muchos de los mensajes ocultos en los camposantos se volvieron indescifrables y atemporales. Pero intuyo que Rafael se les revelaba a ellos, así como ahora lo hace con nosotros.

—Señor, espero volverlo a ver. He disfrutado la charla.

—Bien, venga un sábado, búsqueme por las callejuelas.

—Muchas gracias. Nos veremos. —Y reiteré un fuerte apretón.

—Así será. Lo espero.

Con el tiempo nuestras comenzaron a ser frecuentes, siempre rondaban en la interpretación de obras, de gárgolas y pinturas sacras, de símbolos universales, religiosos o paganos. Pero de todos ellos, teníamos uno predilecto, al que volvíamos siempre, el Rafael de la Necrópolis. Poco a

poco fuimos vislumbrando su esencia. Y lo hicimos nuestro.

A veces por las noches, cuando el estado onírico lo puede todo y no soy libre de manejar las realidades, la imagen de Rafael vuelve a mí, presto a partir, derramando una lágrima de dolor. Quizá por el cruel mandato, o por estar al tanto de los tiempos que se avecinan sabiéndose imposibilitado de modificarlos. Esa lágrima quizás sea por los inocentes, por quienes no merecen morir, o por la creación misma en su totalidad.

Entonces, despierto pensando en esa esfera ahora opacada que representa a nuestro mundo, y el ángel en su cúspide.

En aquel momento en que los estados colisionan en mi mente confundiéndola, y no sé si continúo siendo presa del sueño o he despertado, fijo los ojos en el techo y lo veo sobre mí en toda su magnificencia. Con un pie presionando mi pecho y otro en el vacío. Sus alas se extienden hasta rozar la cúpula de mi habitación, presto a elevarse. La lágrima se desprende y cae lentamente por el aire, rompiendo en mi frente, sellando un estigma.

¿Cuál será el destino del Rafael de la Necrópolis? ¿En que se basará su oscuro dolor? He intentado indagarlo en varias oportunidades, pero su respuesta aún me es incomprensible.

En su destino de Arcángel, sobrevivirá a la herrumbre, no desaparecerá como cada uno de nosotros. Tal vez, si la Necrópolis no sucumbiese a los tiempos, y por lo menos quedasen ruinas, entre las piedras, matorrales y vidrios oscurecidos por la oxidación, el ángel estará allí siempre en la cúpula del mundo de los muertos, dando el sublime mensaje, obsoleto, sin destinatarios.

Entonces, ¿Cuántos lo habrán escuchado? ¿Cuántos habrán pasado frente a él inadvertidos? ¿Quiénes habrán hecho oídos sordos al aviso?

El eco de los tiempos renueva frecuentemente el tronar de la trompeta en mis sueños. En un eterno retorno, una y otra vez. Siempre reviviendo el aviso. La era llegará a su fin hoy o mañana. Algún día desapareceré. Entonces los vientos entenderán que su mensaje no fue en vano. Recordarán que alguna vez estuvimos allí los *simbolistas*, los que pudimos descifrar el mensaje y hacerlo nuestro.

Siempre recuerdo con entrañable pesar los dichos del *profesor* en aquella oportunidad. Aquel día sus palabras también fueron una sentencia de muerte para mí: “Carpe Diem. La trompeta ya ha sonado, ahora ¿qué hará?”

Extracto del tercer Capítulo de la Novela inédita “La Cofradía del Ventrílocuo”